

Paisajes de río, ríos de paisaje

Navegaciones por el Usumacinta

Mario Humberto Ruz
(coordinador)

Jorge Ramón González Ponciano
Mauricio Hernández Sánchez
Perla Petrich

Manuel Jesús Pinkus Rendón
Miguel Ángel Pinkus Rendón
Flora Salazar Ledesma



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CONSEJO DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA, ESTADO DE TABASCO
México, 2010

ÍNDICE

<i>Usumacinta: agua de encuentros. A manera de introducción</i>	
Mario Humberto Ruz	7
<i>Agradecimientos</i>	
Mario Humberto Ruz	28
<i>Aproximación a la historia ambiental de las riberas del Usumacinta en Tabasco</i>	
Miguel Ángel Pinkus Rendón	31
<i>“Un lugar verdaderamente deleitable”. El pasado virreinal</i>	
Mario Humberto Ruz	79
<i>Los pueblos del río, perfiles urbanos de una unidad territorial</i>	
Flora L. I. Salazar Ledesma	203
<i>Entre el río, la laguna y el pantano. El fluir de la vida cotidiana</i>	
Mario Humberto Ruz	287
<i>Los hongos y los cambios en la vegetación en Centla y Tenosique desde la perspectiva de sus habitantes</i>	
Mauricio Hernández Sánchez	375
<i>Tabasco: voces de tierra y agua</i>	
Perla Petrich	429
<i>Los pueblos mayas y mestizos de Boca del Cerro, Tenosique, y sus alternativas turísticas</i>	
Manuel Jesús Pinkus Rendón	495
<i>Tabasco fronterizo</i>	
Jorge Ramón González Ponciano	559

USUMACINTA: AGUA DE ENCUENTROS

A manera de introducción

Mario Humberto Ruz
UNAM

Pese a su nombre nahua —Ozomatli— el Río de los Monos bien puede considerarse el río maya por excelencia. En torno a su eje, acaso como en ningún otro, los pueblos mayances han interactuado desde hace milenios, y continúan haciéndolo. Frontera húmeda por antonomasia, los lomos de su cauce y aquellos de sus afluentes han visto pasar hombres, objetos e ideas de origen chontal, quiché, chol-lacandón, pochutla, topiltepeque, mam, yucateco y quejache, a las que se sumaron ya en la época colonial elementos de estirpe maya-lacandona, k'ekchí y mestiza de hispano y, en los últimos siglos, tzeltales, tojolabales, choles, tzotziles, chujes y kanjobales. Toda una cascada de lenguas, individuos y expresiones culturales que manan de una fuente de clara filiación maya.

Río de sierras, de planicies, de selvas, de manglares, de sabanas y de pantanos, el Usumacinta y su cuenca son bien conocidos por biólogos y ecologistas, quienes han insistido, entre otras cosas, en su alta biodiversidad y en el papel primario que juega en la conformación de la reserva más importante de plantas acuáticas de lo que constituyó el área de la antigua Mesoamérica, a la vez que sitio privilegiado para el mantenimiento de aves migratorias o de fauna en extinción, así como para el desarrollo de pesquerías.¹

¹ Consúltense, sobre estos temas, Zamudio y Guadarrama, 1985; González García, 1985; Lot-Helgueras y Novelo, 1988; Mazzoti, 1988; Brazda, 1988; Chávez y Garrido, 1988, y López Hernández, 2006.



En contraste, el área no ha atraído mayormente a los estudiosos en Ciencias Sociales, que han prestado muy escasa atención a su desarrollo histórico, sus actuales características antropológicas o sus potencialidades futuras. De hecho, exceptuando algunos valiosos estudios sobre la época prehispánica (v.g. Ochoa, 1985) y el ejemplar trabajo de Scholes y Roys (1997) acerca de los chontales de Acalan Tixchel durante el Posclásico y las primeras centurias coloniales, a los que ha de sumarse alguno que otro artículo, prácticamente nada sabemos sobre la evolución regional del paisaje y sus pobladores, pese a los trascendentales cambios que consta se registraron en ambos.

Combinando la observación directa con el estudio de las primeras descripciones con que contamos, algo podemos imaginar —por ejemplo— acerca de la exuberancia de la vegetación en las márgenes del río en la porción históricamente más afectada: aquella donde atraviesa las planicies tabasqueñas antes de drenar en el Golfo. Contemplando los escasos manchones de vegetación natural que aún persisten encontramos selva lluviosa de tres niveles arbóreos; profusión de caobos, macayos, tintos, palos voladores y barís de 35 hasta 50 m de altura; amates, hules, corozos y palmas de entre 20 y 40 m y cocos o nueces de pan y otros árboles de hasta 15 m, que forman una densa capa vegetal a cuya sombra se enmarañan helechos, marantáceas, aroideas, bejucos, líquenes, bromeliáceas y otras epífitas. El paisaje primordial, no obstante, sería el de la selva baja de las márgenes fluviales, conformada por ceibas, jobos, guatopes, palmas, tucuís, sauces, macuilís y palos de tinte, que se constituían en señores de la flora en los bordos playeros, tal y como lo hacían los mangles

(rojo, blanco y negro) en torno a las lagunas costeras, el delta del Mezcala, el Tonalá, el San Pedro y la Laguna de Términos (West *et al.*, 1985: 126-161; Coll, 1975).

No todo era profusión arbórea: al igual que en el antiguo delta del Grijalva, en el del Usumacinta proliferaban los pantanos de mucalería y popalería —asiento favorito de tortugas y venados—, mientras que más allá de sus márgenes, coincidiendo con los llanos y los confluente leve mente elevados, la intrincada red vegetal daba paso a las sabanas abiertas, permitiendo entrar a la luz y posibilitando la existencia de otras formas de vida vegetal y animal (West *et al.*, *ibid.*).

La mayor parte de la región del Usumacinta fue con bastante probabilidad una llanura inundable, cuyo suelo impermeable se encontraría sumergido buena parte del año, propicio cuando mucho para comunidades hidrófilas como los manglares y algunas especies de Fabaceae, mientras que en las regiones costeras se podrían encontrar uvas de playa, matorrales xerófilos, distintos tipos de agaves y palmas (Pinkus, Miguel, *vid. infra*).

Tal variedad no podía dejar de admirar a viajeros venidos de otras latitudes. Hacia 1545 las riberas de los ríos que desembocaban en Laguna de Términos hacían pensar a fray Tomás de la Torre nada menos que en “un traslado del Cielo”. Mucho antes que al dominico español, la región irrigada por el Usumacinta y sus afluentes deslumbró sin duda a los pueblos mayas que se asentaron a lo largo de los más de 700 kms que recorre tras surgir en la cordillera de los Cuchumatanes para venir a ahogarse en el Atlántico, después de atravesar el departamento de Huehuetenango en Guatemala y los estados mexicanos de Chiapas, Campeche y Tabasco. Aproximarse, aun cuando sea a vuelapluma, a los cambiantes procesos de poblamiento del área resulta imprescindible para entender el porqué de la existencia contemporánea de diversas subregiones a lo largo del entorno que vertebra el río. Intentémoslo.

La polisemia histórico-cultural

Si bien las poblaciones mayances se vieron precedidas en el área por corrientes culturales proto-olmecas y olmecas que marcaron con su impron-